

http://www.clarin.com/cultura/fuerte-apache-recordo-sarajevo-despues-guerra_0_S1plbqo_x.html

"Fuerte Apache me recordó Sarajevo después de la guerra"

Deghati Reza, uno de los fotorreporteros más destacados a nivel mundial, lleva adelante una labor humanitaria colosal en países castigados por la guerra y el hambre. Estuvo en Buenos Aires y dio clases en dos villas. Volverá en abril.



En clase. Deghati Reza conversa con los pobladores de Fuerte Apache.

Deghati Reza (Tabriz, Irán, 1952) es uno de los más destacados reporteros gráficos del mundo –firma emblemática de National Geographic, sus trabajos ha sido publicado también en Time, Stern, Newsweek, El País, Paris Match, Le Figaro, así como en 29 libros y cerca de 250 exposiciones, algunas de ellas monumentales.

Pero hay que decir que, ante todo, Reza es un artista: observador incansable de las grandes tragedias humanas –las guerras, los éxodos y el hambre- y del sufrimiento que provocan, tiene la capacidad de revelar en sus fotos la humanidad y la belleza de sus retratados, sus tradiciones y

su singularidad, con una mirada que los enaltece y no da lugar al pesimismo.

Comprometido con la defensa de los derechos humanos y la formación de los jóvenes desde hace tres décadas, Reza –ese es su nombre artístico– concreta una labor humanitaria en los países más castigados del globo y trabaja “para la construcción de la paz mundial.” Del Kurdistán a Afganistán, del Líbano a Turquía, de Ruanda a Pakistán, El Cairo o Francia, viaja por el mundo captando instantáneas de resiliencia ante lo indecible, aunque en sus fotos triunfa la fuerza de la vida, por sobre el desamparo y la consternación.

Él mismo fue víctima de la violencia en su país de origen y también el impulsor de su propia reconstrucción: a fines de la década del 70 fue encarcelado y torturado en Irán, después de que sus imágenes sobre las atrocidades del régimen del Sha Reza Pahlevi, recorrieran el mundo. Después de ser liberado se exilió en París, donde aún reside, y encaró una titánica movida humanitaria, convencido de que la fotografía tiene un poder transformador.

“El mundo es mi campo de visión. De la guerra a la paz, de lo indecible a los momentos de poesía: mis imágenes son testimonios de la humanidad y reflejan tanto su grandeza como sus derrotas profundas”, dice.

Llega a los lugares que visita con las armas más poderosas desde su perspectiva: las cámaras fotográficas. Y dicta talleres en los que transmite a los pobladores que vale la pena que sean ellos quienes narren su realidad.

Con ese propósito llegó a la Argentina, invitado por los organizadores de BienalSur, la propuesta cultural de la Untref (Universidad de Tres de

Febrero), que nuclea a más de 50 ciudades de la región y tendrá este año su primera edición.

En Buenos Aires, Reza visitó la Villa 31 y Fuerte Apache, cuyo nombre es Barrio Ejército de Los Andes. Conoció a sus alumnos, a los que entrenará durante siete días consecutivos, cuando regrese al país en abril próximo. El fotógrafo es muy selectivo con los alumnos que elige: su propósito es que éstos puedan iniciar una carrera profesional como fotógrafos, tal como hizo él. Los trabajos resultantes de estos encuentros porteños podrían exponerse en Venezuela, durante 2017. También se vinculó con fotógrafos locales, con los que se reencontrará en el otoño.

Reza concreta encuentros, presentaciones y desarrolla programas similares de formación en países como Siria, Ruanda, Sudán, Afganistán o Irak.

-¿Cuál es son los conceptos centrales que intenta transmitir en sus clases?

-Creo que es a través de nuestra singularidad que podemos conectar con los otros y vale la pena que cada uno se atreva a contar lo que está viviendo. En un movimiento recíproco, los demás perderán el temor. Son las fotos las que nos acercan y permiten conocer de cerca a las víctimas de los conflictos sociales y bélicos para, finalmente, crear empatías. Pienso que mostrar la violencia del mundo puede cambiar algo del modo en que la gente la percibe. Mi cámara es mi arma de paz y eso es lo que intento transmitir. Las cámaras llegan a manos de estas personas acompañadas de valores humanos, para que cuenten al mundo quiénes son.

-¿Le impactó la situación de las villas porteñas?

-Profundamente. Fuerte Apache me hizo recordar a Sarajevo, es un Sarajevo dos años después de la guerra, sin francotiradores. Me

sorprendió el abandono en el que se encuentra este lugar, y también la belleza de su gente, de gran corazón. Cada sitio arrasado que visito me confirma que lo que nos separa es el desconocimiento: probablemente no temeríamos tanto a los habitantes de estos lugares si los conociéramos más íntimamente, es lo que confirmo una y otra vez y lo que he visto aquí. Sólo la voluntad de conocer al otro puede llevarnos a comprenderle y evitar así su destrucción. Ese ese es el único camino.

-¿Qué le hace pensar que evolucionamos?

-La humanidad evoluciona, para mí es una obviedad. La evolución está en nuestra naturaleza, y vamos a superar todo esto. Creo que en quinientos o en mil años las personas hablarán del siglo XXI como nosotros hablamos de la época de las cavernas. Les costará comprender que la violencia haya regido al mundo, que el dinero y los recursos de los países más poderosos del mundo se invirtieran en armas, bombas o tanques y no en escuelas y sitios de reunión para la gente. Se invierten sumas astronómicas para la destrucción. Todavía somos pequeños salvajes, pero de a poco vamos a lograr superarnos como especie.

-¿Cómo puede colaborar la fotografía, concretamente, con la mejora de la situación de esta gente?

-Lo más importante es trabajar con los chicos, para que cuenten sus historias y la historia de los barrios donde viven. En general, se trata de gente con un gran corazón y debemos conocerlos por lo que ellos mismos tiene para decir, y no sólo por las imágenes de la prensa. Cuando los vemos con nuestros propios ojos, o a través de esas fotos, entendemos realmente cuánto necesitan de esa mirada.

En mis talleres transmito la idea de que pueden aprender a reconocer y transmitir su belleza, la belleza que los define, para que los demás puedan conocerles. Quien saca una foto capaz de conmover tiene en sus

manos el poder de cambiar el mundo, porque puede modificar la opinión de quienes la ven. En cada país y cada momento la luz y el oscurantismo libran una batalla. la cuestión es buscar soluciones realistas, y adaptadas al contexto. No existe una fórmula única, pero siempre es posible hacer algo.

-¿La fotografía es un lenguaje universal que les permite a las partes crear una empatía mutua?

-Exactamente, de eso se trata. Desde la época de las cavernas, las imágenes han servido para que personas de distintas regiones o extracciones sociales comprendan a otros muy distintos, se informen o accedan al conocimiento. En la era de Internet, seamos conscientes o no, hay una vuelta a esa conexión esencial que proponen las imágenes, por encima de todas las lenguas. Los emojis o emoticones, aun con su estética simplista, demuestran la existencia de esa búsqueda, por un lenguaje que nos re conecte a todos. Los fotógrafos de hoy tenemos una misión y es colaborar con que los habitantes del mundo se conozcan y conecten. Siento que esa es mi misión.

- ¿Cuál es, en su visión, el mayor conflicto de este siglo?

-La codicia material. El mundo está regado de víctimas. Ese es el gran drama contemporáneo, que no encuentra tope, es el mayor mal de nuestro tiempo.

-¿El arte debe, necesariamente, estar asociado a convicciones ideológicas o humanitarias?

-Respeto todas las visiones, y a los colegas que sólo trabajan para mejorar su situación personal, pero yo no puedo dejar de entender al arte como la mejor vía para la resolución de los grandes problemas de la humanidad. Me considero un intermediario entre el arte y la gente: el

arte es una herramienta que sirve a la gente común. Para mí, retratar a las víctimas del sistema, darles de comer o educarlos es una misma cosa.

-¿Qué papel cumplen las mujeres en el proceso de reconstrucción de las sociedades del presente?

-Un papel fundamental. Creo que son las que motorizan el cambio. Ellas cumplen con funciones esenciales en cualquier sociedad, como son, en el caso de las madres y docentes, la crianza y la educación de los niños. Pero mi experiencia de los últimos treinta años, recorriendo escenarios devastados por las guerras, me ha demostrado que son los hombres los que impulsan los conflictos más graves, y ellas quienes tienen el poder y la capacidad de recomponer los escenarios del cambio.

Debemos ayudarlas a conquistar el poder de los puestos más influyentes, y trabajo también para eso. Para que conquisten cada vez más lugares de poder, en las empresas, en los gobiernos, en los medios de comunicación. Como escritoras, periodistas o cineastas, las mujeres deben ocupar los lugares que se merecen y les niegan. Son las que nos enseñan y recuerdan el valor de la empatía, desde el momento en que nacemos y a lo largo de toda la vida.

Compromiso con la paz mundial

“Confío en los jóvenes, no entienden la guerra”

Las traumáticas experiencias que vivió en Irán -donde fue encarcelado y torturado en los años 70-, y sus viajes posteriores por el mundo, llevaron a Reza a profundizar su compromiso con la paz y la formación de poblaciones vulnerables. En 2001 fundó, Ainaword en Afganistán, una ONG sin fines de lucro que capacita a los chicos y las mujeres afganas.

Miembro de la National Geographic Society, obtuvo el World Press Photo Award (1983) y el Infinity Award, entre otros premios. En 2006 fue reconocido con el Príncipe de Asturias y en Francia, a su vez, recibió en 2013 el título de Caballero de la Orden Nacional del Mérito por su trabajo filantrópico. “Me gustaría llegar a captar alguna vez una imagen que probara que la paz mundial es posible”, dijo a Clarín. “No sé si esa imagen existe. Si no es una, espero que sean muchas: confío en la mirada de los jóvenes. Ellos no entienden la guerra.”